



## Capítulo

# 1

**P**OR QUÉ CORRE UN HOMBRE? ¿QUÉ LE HACE CORRER? En el sentido literal de la expresión, una pierna se adelanta a la otra, el pie derecho sigue al izquierdo; no hay primeros lugares en estas cosas del cuerpo. A unos los mueve el deseo de gloria. A otros les motiva la pérdida de unos kilos de más. Sea como fuere, la suma de razones se resume en una sola: todos corren por la vida, ninguna otra cosa les impulsa.

Tampoco otra cosa impulsa a este hombre que descende a toda prisa las enormes escaleras interiores de los Archivos Secretos del Vaticano a tan altas horas de la noche. La sotana negra se diluye en la tenue iluminación del nada secreto lugar que alberga documentos manifiestamente secretos. En principio, sólo el Sumo Pontífice puede disponer de ellos o permitir que alguien acceda a ellos. Allí, en las tres imponentes salas paulinas y en otros edificios anexos, tras el Palacio Apostólico, se conservan documentos de capital importancia para la historia del pequeño Estado y del mundo. Los funcionarios suelen decir que cualquier investigador puede consultarlos —siempre que se trate de documentos posteriores a 1939 o referidos al Concilio Vaticano II—, pero

en Roma y en el resto del planeta se sabe que ni todos pueden entrar ni los que entran pueden verlo todo. En los ochenta y cinco kilómetros de estanterías del Archivo Secreto hay muchos recodos ocultos.

El clérigo recorre este camino secreto. En la mano lleva algunos papeles amarillentos por el tiempo, probablemente la razón de tan acelerada carrera. Un ruido disonante con el de sus pasos lo alarma. ¿Viene de arriba?, ¿de abajo?, ¿de dónde procede? son las preguntas que cruzan su mente. Se detiene, mira, escucha, sólo se oye el ritmo acelerado de su respiración; el sudor le chorrea por el rostro. Corre a sus aposentos, en la propia Ciudad del Vaticano, o mejor, en el país del Vaticano, porque eso es en realidad el Vaticano, con sus reglas, sus leyes, su credo y su sistema político.

Ese hombre se llama monseñor Firenzi. Bajo la escasa luz de la lámpara de su escritorio, garabatea su nombre: unos trazos escritos a toda prisa en un gran sobre donde ha colocado los papeles que lleva en la mano antes de sellarlo. Él es el remitente, no cabe duda, pero es imposible discernir el nombre del destinatario porque la iluminación es tenue y porque, además, monseñor Firenzi inclina la vista sobre el papel hasta casi rozarlo, quizá a causa del sudor, que le ha empañado los ojos y no logra distinguir su propia letra. Finalizada esta operación, monseñor abandona el cuarto.

¿Adónde irá con tanta urgencia a esas horas de la noche monseñor Firenzi? La campana de la basílica de San Pedro ya marca la una de la mañana. Después del toque, el silencio vuelve a adueñarse de la noche. Hace frío, pero no parece notarlo este siervo de Dios que continúa su carrera y muy pronto llega al exterior, a los paseos que llevan a la plaza de San Pedro, a la maravilla elíptica de Bernini, con su simbología cristiana y pagana, porque los artistas no son personas que se sometan a un solo arte o a una sola fe. De nuevo, un ruido hiere los oídos de monseñor. Se detiene; un sudor frío le recorre el cuerpo, mientras, jadeando, trata de recuperar el aliento. No hay duda, son pasos; quizá un guardia suizo en su ronda nocturna. De todos modos, monseñor Fi-

renzi acelera la marcha, quién sabe con qué rumbo, con el sobre firmemente asido en la mano. Debería llevar varias horas en la cama si ésta fuese una noche como todas, pero, a juzgar por su expresión de inquietud, no lo es. Protege el sobre con las manos apretadas contra el cuerpo. Al llegar a la mitad de la plaza lanza una mirada hacia atrás. Observa una sombra, en el fondo; no es un guardia suizo, al menos no viste como tal, o quizá lo sea y no esté de servicio. No ha acelerado el paso, a diferencia de monseñor Firenzi, que ahora avanza a media carrera. La oscura figura prosigue su andar con el mismo ritmo parejo y cadencioso. No corre; quien lo hace es monseñor Firenzi, que vuelve de nuevo la vista atrás. Cualquiera que le viera pensaría que no está en sus cabales, pero nadie pasea por esos lugares a esas horas; sólo él y esa sombra, uno caminando, el otro corriendo. No parece haber ninguna relación entre ambos, pero ¿quién puede estar seguro?

Su Ilustrísima deja la plaza y continúa por la Via della Conciliazone. Roma duerme el sueño de los justos, de los injustos, de las personas de bien, de mal, de los pobres, de los ricos, de los pecadores y de los santos. Monseñor aminora el ritmo de la marcha, opta por el paso rápido; la sombra sigue el mismo camino y parece acortar distancias. Un fulgor destella en una de sus manos. Firenzi lo ve y echa a correr de nuevo tan rápido como la edad y las articulaciones se lo permiten. Corra por la vida, monseñor Firenzi; de su carrera depende su vida o su muerte. Un ruido apagado le estalla en los oídos, y se aferra tambaleante a lo primero que ve. Ha sido rápido, ya pasó; un sonido extraño, apagado, y después nada. La sombra se aproxima, aún lejana, pero el ruido se ha transformado en un dolor lacerante que le recorre las costillas. Monseñor se lleva la mano hacia donde le duele, cerca del hombro. Sangre, la sangre de la nueva y eterna alianza entre la vida y la muerte, el equilibrio o desequilibrio de los miembros y de los órganos. Vuelven a oírse los pasos, la sombra está cerca, el dolor le penetra cada vez más en el cuerpo.

— *Monsignor Firenzi, per favore.*

— *Che cosa desiderano da me?*

— *Io voglio a te.* — El enigmático perseguidor saca un móvil y habla en una lengua extraña, tal vez de algún país del Este. Monseñor Firenzi repara en el tatuaje de una serpiente cerca de la muñeca. Segundos después, un coche negro se detiene al lado de los dos hombres; los cristales oscuros no dejan ver si, además del conductor, hay alguien en el interior. El hombre arrastra al desfallecido monseñor y le introduce en el coche, sin violencia, sin esfuerzo aparente.

— *Non si preoccupi. Non state andando a morire.*

Antes de entrar en el coche, el hombre limpia la superficie del buzón de correos donde se ha apoyado monseñor, tras recibir el tiro certero en el hombro. Firenzi lo mira fijamente, mientras el dolor le traspasa el cuerpo: «Es esto lo que se siente cuando se recibe un disparo», piensa. El hombre continúa limpiando las pruebas de lo sucedido hace unos segundos. Qué ironía, limpiar las pruebas, qué ironía. El dolor le lacera el cuerpo. Es en su casa en lo que piensa en esos momentos, y portugués la lengua que le viene a la boca:

— *Que Deus me perdoe.*

El hombre entra deprisa en el coche. Avanzan ni muy rápida ni muy lentamente para no levantar sospechas; son profesionales, saben lo que hacen y cómo lo hacen. La calle vuelve a su quietud original, todo está en orden. La limpieza se ha llevado a cabo con éxito; no queda rastro alguno de sangre en el buzón de correos donde se ha apoyado monseñor y en el que, casi milagrosamente y sin que su perseguidor se aperciba, ha logrado introducir el sobre al que se aferraba.



Capítulo

2

Albino

29 de septiembre de 1978

*«En efecto, ninguno de nosotros vive para sí mismo,  
y ninguno muere para sí mismo».*

ROMANOS 14, 7.

**P**ARA UNOS, LA RUTINA ES UNA RUEDA QUE MUELE, destruye y arruina la vida; lamentan la reiteración constante de los episodios y los actos durante segundos, minutos, semanas, días y desprecian el escenario repetitivo por el cual desfilarán nuevamente como una rueda que muele, destruye y arruina la vida; lamentan la reiteración constante de los episodios y los actos durante segundos, minutos, semanas, días y desprecian el escenario repetitivo...

Para otros, en cambio, el sometimiento a leyes fijas es una necesidad que no debe ser alterada por elementos no habituales. Lo impensable y lo nuevo jamás deberían alterar ni modificar el escenario en el que desean que transcurra su existencia.

La vida no deja de ser mezquina para unos y otros. Ofrece variaciones en el teatro, para alegría de algunos, y

mantiene la esencia y las reglas en otras ocasiones, para no disgustar a otros.

Pero la hermana Vincenza no se quejaba del invariable transcurrir de la vida. Desde hacía casi veinte años, la venerable anciana estaba al servicio de don Albino Luciani. Son los designios del Señor: ¿quién se atrevería a cuestionar una vía elegida por Dios? Y es más: quiso el Altísimo que después de tantos años, don Albino y sor Vincenza mudasen de residencia. Seiscientos kilómetros separan su domicilio veneciano de su hogar actual. Pero aun así, a pesar de esta severa perturbación de sus días, la laboriosa hermana Vincenza no se quejaba.

Sor Vincenza ya estaba levantada. El sol aún no había desvelado la grandeza de la inmensa plaza, que permanecía en la penumbra, sólo iluminada por amarillentos faroles. A aquellas horas de la madrugada, exactamente las cuatro y veinticinco, sor Vincenza se ocupaba sumisamente de llevar a cabo su ritual diario. Todos sus actos formaban parte de la rutina a la que — por fortuna — ya se estaba habituando en su nuevo destino.

Llevaba una bandeja de plata con una jarra de café, una taza y un plato, y la depositó en una repisa, junto a la puerta de los aposentos de don Albino Luciani.

Una operación de sinusitis a la que se había sometido hacía muchos años le había dejado al recién elegido Papa un gusto amargo en la boca que reaparecía todos los días al despertar. Don Albino intentaba mitigar ese regusto metálico con el café que sor Vincenza le traía todas las mañanas.

Mientras recorría la galería hacia los aposentos privados pontificios, sor Vincenza hizo cuentas y reparó en un detalle que casi le había pasado desapercibido: ya hacía más de un mes que repetía esa rutina en el nuevo destino. La religiosa aún no estaba acostumbrada a aquellos corredores largos y oscuros: durante la noche, sólo una iluminación escasa y macilenta permitía vislumbrar los objetos que acechaban entre las sombras. «Es muy incómodo no poder dis-

tinguir lo que una lleva en las manos, don Albino», se había quejado en alguna ocasión.

A lo largo de aquellas galerías, el paso de los siglos se reflejaba en cada piedra, en cada estatua, en las pinturas y los tapices ricamente adornados y colgados de los imponentes muros. Pero tanto esplendor en tanta penumbra asustaba a la hermana Vincenza. Casi lanzó un grito al pasar ante aquel inquieto querubín, al que confundió con un niño agazapado maquinando alguna travesura. «¡Qué tonta...!», pensó la religiosa: ningún niño había pisado jamás aquellos pasillos. La grandeza y el fasto del Palacio Apostólico son capaces de alterar el espíritu de las personas más sensibles, y la hermana Vincenza se sentía aturdida ante aquel espectáculo de poder y cercanía a Dios. «Si no fuera por don Albino...», pensaba. Si no fuera por don Albino, ella jamás habría recorrido aquellas galerías. Sor Vincenza intentó tranquilizarse: a aquella temprana hora de la mañana, el corredor era para ella una fuente de temor e incomodidad, pero pronto llegaría un nuevo día y aquellos pasillos se agitarían, vitales y emocionantes, con el ajetreado ir y venir de secretarios, asistentes, sacerdotes y cardenales.

En su nuevo destino no faltaba quien se ocupara de asesorar a Juan Pablo I a propósito del protocolo, la política e incluso la teología. Sor Vincenza, en cambio, se ocupaba de don Albino Luciani, de su alimentación, de su salud y de los pequeños contratiempos de la vida común. Don Albino Luciani sólo tenía dos confidentes cuando deseaba quejarse de su hinchazón en los pies o de alguna molestia menor. Aunque ya se le había dicho que en el Vaticano había doctores especializados que se encargarían de resañar cualquier dolencia, don Albino prefería lamentarse ante sor Vincenza y, sobre todo, ante su médico predilecto: el doctor Giuseppe de Rós. Don Giuseppe viajaba cada dos semanas a Roma y recorría seiscientos kilómetros desde Venecia para ver a su paciente. «No sé cómo lo consigue, don Albino», decía el médico. «¿Está usted seguro

de que cumple años? Cada día le encuentro mejor y más vigoroso».

—Don Giuseppe: comienzo a dudar de sus habilidades. Usted es el único que no descubre mis achaques.

Vincenza llevaba todas sus obligaciones con sumiso placer. Albino Luciani, a su juicio, era un buen hombre que siempre la trataba con delicadeza y afecto y que la consideraba más una amiga que una ayudante. Por eso la llamó junto a él cuando le obligaron a ocupar su nueva residencia, bastante más grande que la anterior y mucho más fastuosa, desde luego. Aquel lujo y aquella ostentación incomodaban a don Albino: él no era precisamente un hombre que disfrutara con la profusión de objetos inservibles que lo único que consiguen es angustiar a los hombres. Todo cuanto le interesaba se hallaba en su espíritu. Sin embargo, a veces los hombres se deben ocupar de ciertas cuestiones prácticas, aunque ello sólo sirva para hacer la vida más cómoda y amable a quienes les rodean. Con el tiempo, pensaba don Albino, sería necesario ordenar la casa de algún modo... a su gusto, o al gusto de los demás.

Un ataque cardíaco, hacía menos de un año, había dejado a Vincenza postrada en la cama de un hospital. A pesar de los consejos médicos, que recomendaban que no volviera a trabajar y que, en todo caso, sólo supervisara el trabajo de otros —y preferiblemente sentada—, hizo oídos sordos y continuó atendiendo a Albino Luciani personalmente.

Sor Vincenza, a pesar de su bondadoso carácter, había fruncido el ceño cuando se le sugirió que abandonara las ocupaciones comunes que la hacían feliz: entre otras, llevar aquella bandeja con café por el corredor en penumbra a aquellas horas de la madrugada. Por supuesto, para seguir realizando aquellas tareas y poder estar cerca de don Albino, la hermana Vincenza había tenido que ingresar en la congregación de María Bambina, que se ocupa de la residencia papal. La madre superiora, Elena, y las hermanas Margherita, Assunta Gabriella y Clorinda habían sido muy amables con ella, pero ninguna se encargaría de nada que tuviera relación con los asuntos cotidianos

de don Albino: sólo la hermana Vincenza atendería a aquel hombre, con manos expertas y delicada ternura.

Cuando estuvo ante la puerta de los aposentos privados de don Albino, la religiosa colocó la bandeja sobre una mesita especialmente dispuesta para ese fin, al lado de la entrada, y golpeó la madera suavemente con los nudillos, dos veces.

—Buenos días, don Albino —dijo casi en un susurro.

Esperó entonces... Con frecuencia, un saludo semejante se oía al otro lado de la puerta, y generalmente don Albino se levantaba de buen humor. A veces asomaba la cabeza y le dedicaba a la hermana Vincenza la primera sonrisa del día. Otras veces, cuando los altos negocios del Vaticano apesadumbraban su espíritu, don Albino farfullaba un «buenos días» y, en vez de quejarse de la diplomacia o de los tesoreros o de los políticos, lamentaba que se le hincharan tanto los tobillos.

Pero aquella mañana... Aquella mañana don Albino permaneció en silencio. A la hermana Vincenza no le gustaba que no se cumpliera la rutina con tediosa exactitud. Apoyó la cabeza sobre la puerta e intentó percibir algún sonido al otro lado. Pero no pudo oír nada. Por un momento consideró la posibilidad de llamar de nuevo, pero finalmente decidió no hacerlo. «Es la primera vez que don Albino se queda dormido —pensó mientras se giraba—. En fin, no será una tragedia que descanse unos minutos más...».

Sor Vincenza se alejó silenciosamente en dirección a su cuarto para rezar su primera oración matinal.

Ya eran las cuatro y media de la mañana.

Obsérvese a este hombre que da vueltas y vueltas en la cama, mientras rezonga porque no consigue dormirse. No es cosa rara. Todos pasamos alguna vez por el mismo drama, el de no encontrar una postura confortable para dormir. Pero lo que diferencia a este hombre de los demás mortales es que a él le resulta fácil dormir a cualquier hora del día o de la

noche, sean cuales sean las circunstancias. El sargento Hans Roggan es regular, metódico, moderado, contenido. Hoy su madre ha venido a Roma para verle. Ha cenado con ella y se dice a sí mismo que probablemente sea el café que tomó con los postres lo que ahora no le deja dormir. Eso es lo que el sargento Hans quiere creer, pero la realidad es que el día ha sido muy ajetreado, y la tarde, insólita, con tantas idas y venidas de prelados a las estancias de Su Santidad.

Decide levantarse. «Si no vienes, qué le vamos a hacer, no voy a quedarme aquí esperándote», se dice. Abre la puerta del armario y se pone el uniforme, diseñado en 1914 por el comandante Jules Repond. Si hubiese sabido que décadas más tarde atribuirían la autoría de la indumentaria a Miguel Ángel, quién sabe si Jules Repond se habría sentido feliz por el honor o amargado por el olvido. Pero el caso es que no fue Miguel Ángel, por más que sea una idea que pueda pasar por la cabeza de muchas personas, si tenemos en cuenta que nos referimos a los uniformes de la Guardia Suiza, de la que el mencionado sargento forma parte y a la que comanda esta noche fresca en la que no consigue dormir.

Todos esos llamativos colores del uniforme, basados, eso sí, en los frescos de Miguel Ángel, contrastan con el humor del sargento. Siente una profunda inquietud, una ansiedad infundada, surgida de la nada, como si algo malo le estuviese ocurriendo, lo que, a primera vista, no es verdad.

El sargento Hans Roggan tiene el trabajo que siempre anheló desde su más tierna infancia: formar parte de la Guardia Suiza, servir al Papa. Para ello ha tenido que pasar por pruebas muy difíciles; en particular, ha de llevar una vida disciplinada y conforme con las enseñanzas del Señor. Pero conviene no olvidar los requisitos básicos con los cuales ha sido agraciado: ser suizo, soltero, poseer principios morales y éticos, medir más de un metro setenta y cinco de estatura y, punto fundamental, ser católico.

No será él quien mancille la imagen de los valerosos soldados del papa Julio II. En caso de necesidad, está dispuesto a proteger a su Papa hasta la muerte, al igual que

los seiscientos ochenta y nueve helvecios, fundadores de la Guardia Suiza, que protegieron a Clemente VII contra mil soldados españoles y alemanes durante el Saco de Roma el 6 de mayo de 1527. Sólo cuarenta y dos sobrevivieron y, bajo las órdenes de Göldi, pusieron a salvo al Papa en el castillo de Sant'Angelo, utilizando el *passetto*, un pasadizo secreto construido en los tiempos del papa Alejandro VI, que comunica el Vaticano con la fortaleza. Los restantes perecieron heroicamente, pero antes se cobraron la vida de casi ochocientos enemigos. Ésa es la herencia que Hans carga sobre sus hombros todos los días al vestir su uniforme. Un orgullo que le traspasa el alma cada día. Pero hoy se siente perturbado por razones aparentemente incoherentes e ilógicas, si es que una razón puede ser incoherente e ilógica.

Hans es el responsable de la seguridad de la Ciudad del Vaticano. El sistema de protección de la ciudad se reduce a algunas rondas intramuros y a unos cuantos centinelas apostados en los puntos más emblemáticos y relevantes. El papa Juan XXIII abolió la práctica de apostar dos soldados durante toda la noche a la puerta de sus aposentos, por lo que el guardia más próximo se encuentra en lo alto de la escalera de la *terza loggia*, en una posición meramente simbólica, dado que se trata de un lugar poco utilizado, incluso de día. Cualquier perito, de los muchos que pululan por ahí versados en las más diversas materias, diría que una persona con malas intenciones podría entrar fácilmente en la Ciudad del Vaticano. Y tendría razón.

Hans entra en su despacho y se sienta frente al escritorio. Abre un expediente y lo hojea. Son cuentas pendientes que tiene que entregar a su superior por la mañana, pero al cabo de unos segundos de pasar las hojas, lo cierra. Es inútil. No logra concentrarse.

—¡Pero qué rayos...! —rezonga—. Es mejor que salga a tomar el aire.

Abandona su despacho, sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, y sale del edificio de la Guardia Suiza; tras deambular por los cercanos jardines interiores, decide dar

un paseo por la plaza. Pasa junto a dos guardias sentados en unas escaleras. Ambos dormitan.

«Parece que soy el único que no logra dormir», piensa. Los despierta con una palmada en el hombro y los guardias se levantan de un salto, atemorizados.

—Disculpe, mi sargento.

—Que no vuelva a ocurrir —responde Hans en tono intimidatorio. Sabe que sus hombres han atravesado un periodo de trabajo muy intenso. Hace poco más de un mes, el 6 de agosto de 1978, falleció Giovanni Battista Montini, más conocido como Pablo VI, en la residencia papal de verano, en Castel Gandolfo. Las exequias de un pontífice se prolongan durante varios días, y la Guardia Suiza no deja solo a su Papa muerto ni un instante; cuatro hombres permanecen día y noche en posición de firmes en las esquinas del catafalco. Por delante desfilan las numerosísimas personalidades mundiales y los jefes de Estado que acuden a presentar un último homenaje a Su Santidad.

Una vez concluidos los funerales comienzan los preparativos para el cónclave, que se desarrolla de una manera hermética. Se cancelan los permisos y se duplica el trabajo. El cónclave se celebró el 25 de agosto, exactamente veinte días después del fallecimiento del Papa, justo al límite del periodo máximo permitido, que es de veintiún días. A pesar de que fue breve y finalizó al día siguiente, a continuación comenzó el frenesí habitual en torno al nuevo Papa. Hacía apenas unos días que las cosas habían vuelto a la normalidad.

Hans reanuda su paseo, dejando atrás a los guardias somnolientos: «Yo soy el único que no tiene sueño».

No puede evitar un sentimiento de propiedad en relación a todo lo que le rodea. Al fondo se eleva el obelisco de Calígula, justo en el centro de la plaza de San Pedro. Qué irónica es a veces la historia del mundo; la obra de un psicópata en el centro mismo del lugar más sagrado para los católicos. Prosigue tranquilamente, sintiendo en el rostro la suave caricia de la brisa. De pronto,

algo llama su atención. A su izquierda se yergue el Palacio Apostólico y, en el tercer piso, las luces del cuarto del Papa están encendidas. Mira su reloj: son las cuatro y cuarenta de la mañana.

«Este Papa se despierta temprano». Cuando Hans regresaba de cenar con su madre, sobre las once, las luces también estaban encendidas. Cuidadoso, como todo guardia suizo que se precie, decide volver hasta donde estaban los guardias a los que había sorprendido durmiendo. Ahora se encuentran conversando; el sargento ha espantado su sueño de una vez para siempre.

— Mi sargento — le saludan los dos.

— Díganme una cosa, ¿Su Santidad ha apagado las luces de su cuarto durante la noche?

Mientras que uno duda, el otro afirma con rotundidad:

— Durante mi turno las luces no se han apagado un solo instante.

A pesar de haberlos sorprendido adormecidos, Hans sabe que no han podido distraerse más de unos minutos.

— Qué extraño — murmura.

— Su Santidad suele encender las luces más o menos a esta hora. Pero esta noche no las ha apagado — continúa el guardia —. Debe de estar trabajando en esos cambios de los que hablan.

— Eso no nos concierne — replica Hans, y cambia de tema —: ¿Todo en orden?

— Todo en orden, sargento.

— Muy bien. Hasta luego. Mantengan los ojos bien abiertos.

Cuando regresa hacia el edificio de la Guardia Suiza, siente finalmente que le pesan las pupilas. Todavía puede dormir un par de horas. De nuevo se vuelve hacia las luces encendidas en los aposentos del Papa.

«No cabe duda de que las cosas van a cambiar por aquí», piensa, esbozando una sonrisa. Ahora puede dormir tranquilo.

\* \* \*

Habían pasado quince minutos desde que la hermana Vincenza había depositado la bandeja de plata sobre la mesita, junto a la puerta de los aposentos privados de don Albino Luciani. Era hora de regresar y de obligar a don Albino a levantarse y a tomar sus medicinas.

De nuevo, un escalofrío le recorrió la espalda al cruzar por segunda vez el sombrío corredor. A pesar del propio don Albino, la hermana se plantaba honesta pero imperiosamente ante él y no abandonaba la sala hasta que aquel hombre había ingerido la medicina para subirle la tensión, excesivamente baja a juicio de don Giuseppe. Su medicación se reducía a unas pastillas blancas e insípidas, ante las cuales el Pontífice mostraba un gesto de irónica sorpresa. Pero Vincenza tenía que ocuparse de ello. A veces también se encargaba de que tomara sus vitaminas, al final de las comidas, y de aplicarle una inyección para estimular la glándula suprarrenal al acostarse.

Don Albino a veces bromeaba con sor Vincenza y le reprochaba benévolamente que apareciera todos los días, «religiosamente», entre las cuatro y media y las cinco menos cuarto de la mañana, para proporcionarle los medicamentos que mantendrían su tensión en los niveles adecuados.

A continuación, don Albino tomaba un baño y luego perfeccionaba su inglés con un curso a distancia en casetes, entre las cinco y las cinco y media, afirmando una rutina que se resistía a variar. Por último, el Pontífice rezaba en su capilla privada hasta las siete de la mañana. Aquellos hábitos sencillos le recordaban cómo era su vida en su residencia anterior y mitigaban el enorme peso que los cardenales habían depositado sobre sus hombros.

Cuando llegó a los aposentos de don Albino, sor Vincenza no pudo menos que mostrar su extrañeza: aquella mañana todo el sistema, ajustado durante años, se estaba derrumbando. La bandeja de plata con la jarra de café, la taza y el plato estaba en el mismo lugar en el que la había dejado

unos minutos antes. Levantó la tapa de la cafetera para verificar si aún estaba llena. Y así era: a lo largo de casi veinte años, jamás había sucedido algo semejante, y don Albino Luciani nunca había dejado de responder a su saludo de «buenos días» con un alegre «buenos días, Vincenza».

En realidad, las cosas no eran exactamente así: algunos detalles se habían modificado. Antes de mudarse de residencia, sor Vincenza llamaba a la puerta, entraba con la bandeja de café y ella misma la dejaba personalmente en manos de Albino. Esta costumbre fue reprobada de forma vehemente cuando la descubrieron los nuevos ayudantes papales. Según ellos, aquella conducta era una flagrante violación del protocolo. Así que, para agradar a unos y a otros, se decidió aplicar el término medio: sor Vincenza continuaría llevando el café todas las mañanas, pero dejaría la bandeja junto a la puerta de los aposentos privados de don Albino.

La hermana Vincenza volvió a apoyar la cabeza en la puerta y contuvo la respiración para poder escuchar los sonidos del interior de la estancia. No oyó nada ni pudo percibir movimiento alguno. «No sé si llamar de nuevo...», se dijo. Golpeó tímidamente la madera con los nudillos.

—Buenos días, don Albino —susurró recelosa.

Se apartó de la puerta y la observó detenidamente, pensando qué otra cosa podría hacer. «En Venecia entraba y no me andaba con tantos remilgos», farfulló.

La rendija inferior de la puerta dejaba escapar una fina línea de luz. «Bueno, así que don Albino ya está en pie...». Entonces volvió a llamar a la puerta decididamente.

—¿Don Albino?

Pero nadie contestaba. Golpeó de nuevo con los nudillos, pero la única respuesta fue el silencio. No le quedó más alternativa que entrar en los aposentos, a pesar de todos los dictámenes del protocolo. Colocó la mano sobre el picaporte dorado y giró la manija.

—Si tengo que ocuparme de agradar a todos esos secretarios, jamás sabré si don Albino se ha levantado o se ha quedado dormido...

Entró de puntillas. El Papa permanecía sentado en la cama, apoyado sobre las almohadas, con las gafas puestas, unos papeles en la mano y la cabeza inclinada hacia el lado derecho. La expresión alegre y la amable sonrisa que encantaba a todos los que le rodeaban se habían transformado en una mueca de agonía. Vincenza se aproximó rápidamente a él con el corazón estremecido y agitado. Pero no recordó entonces la debilidad de su propio corazón. Con los ojos llorosos y enrojecidos, cogió la mano de don Albino y le tomó el pulso. Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos...

Sor Vincenza cerró los ojos y las lágrimas surcaron su rostro.

— ¡Oh, Dios mío!

Tiró violentamente del cordón que colgaba junto a la cama de don Albino y el sonido de una campanilla se pudo oír en las salas y las estancias cercanas.

«Tengo que ir a llamar a las hermanas», pensó, atezada por los temblores y el nerviosismo. «No... Antes he de llamar al padre Magee. No. Demasiado lejos... Es mejor llamar al padre Lorenzi».

La campanilla dejó de sonar, pero nadie acudió a la llamada de sor Vincenza. Entonces se precipitó hacia el corredor y, sin pensar, olvidando todas las reglas impuestas por los rígidos secretarios de protocolo, abrió la puerta del cuarto del padre Lorenzi, que dormía cerca de los aposentos de don Albino. El secretario, el padre Juan Magee, ocupaba una estancia en otra planta, mientras esperaba a que se concluyeran las obras de remodelación de su dormitorio.

— ¡Padre Lorenzi! ¡Padre Lorenzi, por Dios! — gritó sor Vincenza.

Éste se despertó, aturdido, soñoliento y sorprendido ante tan intempestiva visita.

— ¿Qué sucede, sor Vincenza? ¿Qué ocurre?

Pero apenas pudo comprender lo que sucedía: la religiosa se acercó a él y se aferró a su pijama, mientras se abandonaba a las lágrimas.

— ¿Qué ocurre, hermana? ¿Qué ocurre?

— Padre Lorenzi... ¡Don Albino...! ¡Es don Albino, padre Lorenzi! ¡Don Albino está muerto! ¡El Papa está muerto!

No hay rutina más firme que la de los astros: aquel día, el 29 de septiembre de 1978, el sol no faltó a su cita diaria e iluminó con sus dorados rayos la inmensa plaza de San Pedro de Roma. Era un día precioso...